

queña Dorrit», «Historia de dos ciudades» y «Tiempos difíciles». En todas estas obras, como en *Pickwick*, el humorismo ocupa una gran parte y se acusan las tendencias sociales y humanitarias que sintió Dickens al máximo. Los profundos cambios sufridos en la vida inglesa con motivo del progreso científico y la introducción de las máquinas en la industria y la agricultura, condujeron a una mejora del nivel de vida de las clases medias y altas, pero creó una situación nueva para el obrero de las fábricas y las minas. Dickens, con una filantropía que se ha tachado de excesiva, expone el estado en que se encuentran todos estos miles de seres que llevan una existencia animal en los talleres de las fábricas, en los grandes centros de producción, sin jornada fija de trabajo y prácticamente sin hogar, teniendo que comer y dormir en los mismos locales de trabajo. Con este motivo Dickens pinta escenas patéticas y retrata la brutalidad oficial de los primeros tiempos victorianos; asimismo censura el estado de la justicia y las cárceles inglesas, abarrotadas de presos por deudas, que enferman y mueren sin asistencia de ninguna clase; acusa al gobierno de todas las desgracias producidas por el alcoholismo y los vicios; se compadece de la situación de los niños en los orfanatos y hospicios; ataca duramente el sistema de enseñanza vigente que se efectúa en case-rones sórdidos, donde los pequeños languidecen y se aburren alejados de los juegos propios de su edad. Con sus censuras se hace eco del descontento general que prepara el camino para las posteriores y beneficiosas reformas sociales.

En torno a Dickens hay un debate que no podemos dejar de consignar, antes de pasar a otras figuras. Como todo gran

creador, tiene fervientes admiradores y detractores; estos últimos le hacen numerosas acusaciones, una de ellas relacionada precisamente con su tendencia a predicar a favor de los desgraciados y menesterosos. Encuentran que es exagerada la pintura que hace de determinados estados y que no pertenece al campo de la literatura ese continuo predicar, más propio del sacerdote o del discurso de un político. Sienten que con estas disgresiones el arte se adultera. Otro defecto que le achacan es un sentimentalismo desmedido que le inclina peligrosamente hacia el melodrama; así, critican las frecuentes escenas de niños que sufren y mueren, los relatos angustiosos de madres viudas que tienen que ganarse la vida para alimentar a sus pequeños. Le critican asimismo su tendencia a caricaturizar los caracteres; dicen que éstos no son humanos y verdaderos, y que así como deforma la idea para darnos una idea parcial de ella, también así deforma los seres hasta convertirlos en caricaturas de sí mismos, sacrificando de este modo la verdad, a un modo especial de considerarla. Culminan las críticas cuando despectivamente los detractores, desde un alto nivel cultural y artístico, acusan a Dickens de carecer de cultura y refinamiento espiritual y le motejan de «vulgar», término con el que cancelan definitivamente su exclusión del círculo minoritario de literatos escogidos. Hasta aquí los detractores.

Chesterton, entre otros, refuta con originales argumentos, como es su costumbre, todas estas críticas. Andréé Maurois, en Francia, también se une en la admiración, y se proclama abogado defensor del ilustre novelista. Aunque no niegan los excesos de Dickens, reconocen que forman parte de su arte en tan gran medi-